

GRANTA

PÉSAJ EN NUEVA
ORLEANS

Dara Horn

TRADUCCIÓN DE
EUGENIA VÁZQUEZ NACARINO



Dara Horn nació en Nueva Jersey en 1977. Es autora de dos novelas, *In the Image* [En la imagen] (W. W. Norton) y *The World to Come* [El mundo que vendrá] (Hamish Hamilton/W. W. Norton). Ha recibido el premio Edward Lewis Wallant, el premio Reform Judaism a una obra de ficción judía y el premio Nacional Judío a un primer libro. Horn es doctora en literatura hebrea y yidis, y comenzó a trabajar en sus novelas al tiempo que estaba estudiando, debido a una desesperada necesidad de escribir algo que no llevase notas al pie. «Pésaj en Nueva Orleans» forma parte de una novela en ciernes que publicará en W. W. Norton. Vive en la ciudad de Nueva York con su marido y su hija, de casi dos años de edad.

Una vez asistí a una función de hipnotismo, aquí en Nueva York. Fue hace un montón de años, allá por 1870. Mi esposa, siempre tan supersticiosa, insistió en ir a ver el espectáculo, aunque finalmente fui yo quien acabó por subir al escenario. El hipnotizador nos pidió a mí y a los demás voluntarios que cerráramos los ojos, y mientras nos hacía entrar en trance me sentí llevado por un soporífero vaivén. Después nos dijo que todos éramos músicos y que nos hallábamos en una sala de conciertos preparándonos para tocar las primeras notas de una sinfonía. Más tarde supe que había sido el único voluntario que se había puesto a tocar el violín. Al concluir el primer movimiento, el hipnotizador despidió a los otros y continuó sólo conmigo. Cuando acabó la velada había tocado una docena de instrumentos distintos, había intercambiado mi corbata con un caballero de la primera fila, había ladrado como un perro y había besado a una mujer que no era mi esposa. En el último acto me encaramé a uno de los palcos que había junto al escenario, desde donde disparé una pistola imaginaria y asesiné a un presidente imaginario. Al público le entusiasmó.

Extraño fenómeno, el hipnotismo: una suplantación pura de la voluntad humana. Parece horrible, ignominioso, que alguien se rebaje a tal punto de sucumbir por decisión propia a los deseos de otros. La verdad, no obstante, es que supone todo un alivio. Representar el papel que te digan que representes y oír que todo el mundo aplaude. Desde el instante mismo en que emprendí mi primera misión, cuando tenía diecisiete años, ese aplauso me ha hecho seguir adelante. Pasaron décadas hasta que comprendí mi error. Pensé que me dedicaban aquel aplauso, cuando a quien aplaudían en realidad era al hipnotizador; yo no era más que su mero esclavo.

Aquella primera misión requirió suma delicadeza. Los oficiales me apartaron de la compañía, me proporcionaron un auténtico uniforme de confederado (sacado de un cadáver enemigo especialmente puntilloso que había tenido la gentileza de manchar de sangre sólo el sombrero) y, a continuación, me instruyeron durante semanas acerca del modo en que me llevarían a una isla del Misisipi a bordo de una lancha cañonera; de cómo, desde allí, tendría que meterme en uno de los toneles que ciertos contrabandistas se ocuparían de transportar junto con otras mercancías lo ciento sesenta kilómetros que restaran hasta Nueva Orleans, donde me haría pasar por refugiado

de una diezmada compañía rebelde que iba en busca de la única patriota viva que me quedaba en el Sur. Una vez llegara a la casa de la prima de mi madre, me las ingeniaría para convencerla a ella y a su familia de que me había unido a un grupo de rebeldes y había traicionado a la Unión por lealtad hacia mis padres, cuyo negocio dependía del algodón, y en particular hacia mi madre, que no podía olvidar los padecimientos por los que pasaban sus primos de Nueva Orleans. Mi madre, por descontado, no había tenido oportunidad de darles noticias mías a causa de los bloqueos y la censura a la que sometían el correo. En realidad, nadie de la familia conocía mi paradero, y ahora que mi regimiento había quedado aniquilado no tenía ningún otro sitio adónde ir, de manera que el oficial al mando me había concedido permiso para pasar la velada con la familia antes de presentarme de nuevo en el cuartel general más próximo para que me asignaran un nuevo destino.

El objetivo, se decidió, era que llegara a Nueva Orleans a tiempo para el Pésaj, pues la Pascua judía coincidía precisamente con la fecha en que la Armada había planeado tomar la ciudad. Me enorgullece decir que esa parte del plan fue idea mía. Los oficiales habían sugerido la Semana Santa, pero les expliqué las limitaciones que esa posibilidad entrañaba. Da la casualidad, les informé de buen grado, de que cualquier hebreo que se precie tiene la obligación de compartir la celebración del Pésaj sentado a la mesa con otros hebreos, y existe incluso una parte del oficio religioso al comienzo de la comida en la que el cabeza de familia ha de abrir la puerta de la casa e invitar a todo el que se sienta hambriento a que pase y se sacie. Los oficiales se alborozaron al saber de esta costumbre. A pesar de todo, la Unión se salvaría gracias a la hospitalidad hebrea, pues yo sería precisamente un invitado inesperado en casa de Henry Hyams, comerciante de algodón y prendas de confección, esposo de la prima de mi madre, que compartía parentesco y confidencias con Judah P. Benjamin, secretario de Estado de los Estados Confederados de América y, claro está, vil traidor a los insignes Estados Unidos. No había vuelto a verle desde los nueve años, pero en mi recuerdo pervivía la imagen de un hombre cariñoso, alguien que me traía juguetes y tofes salados de los lugares adonde viajaba, y siempre envolvía cada regalo en una historia acerca del raro tesoro que guardaba en su interior, o me relataba que el comercio de golosinas próximo al

mar estaba a punto de cerrar y cómo había logrado convencer al tendero de que le vendiera la última caja de tofes que le quedaba. Cuando era pequeño, al entrar en casa me alzaba en brazos, muy arriba, hasta que yo contemplaba boca abajo su rostro quemado por el sol y mi nueva visión del mundo me hacía reír a carcajadas, pues los adultos habían quedado muy por debajo y yo me erigía victorioso, por el mero hecho de que él me izara hacia el cielo.

Mi misión era asesinarlo.

Cuando estás a punto de hacer algo peligroso sientes un nudo en el estómago (por ejemplo, cuando te provoca cierta inquietud el hecho de estar a punto de atravesar las líneas enemigas y adentrarte en un lugar donde gozarás de una magnífica oportunidad no sólo de que te atrapen, sino también de que te ahorquen), pero es distinto al nudo que se te hace en el estómago cuando estás a punto de hacer algo que no está bien. Con diecisiete años, uno tiene por costumbre creer que no sabe nada de nada, que existe todo un mundo lleno de consideraciones y entresijos en los que no tiene por qué inmiscuirse, así que te convences de que el nudo que te atenaza el estómago es uno y no el otro, y que simplemente te aterriza la idea de acabar colgado de la horca. Sin embargo, sabes bien cuál es la diferencia.

Permítanme contarles lo que se siente al estar encogido en un tonel al fondo de la bodega del bote de un contrabandista sin nada más que una pequeña cantimplora de agua, un portaviandas de gachas todavía más insignificante, un escoplo y un atadizo de veneno. A lo largo de las seis primeras horas, tus propios músculos te paralizan. Las seis horas siguientes, te paralizan tus pensamientos. Sin embargo, las seis horas siguientes y en adelante, tu espíritu se libera y recorre los vastos espacios abiertos de la memoria y la imaginación, y entonces empiezas a tener visiones. La noche del segundo día te has convertido en profeta, y para la noche del tercer día te alzas de ese ataúd en forma de tonel como el propio Mesías. Yo mismo estaba dispuesto a hacerme resucitar y redimir al mundo, pero por desgracia el viaje desde Ship Island, Misisipi, hasta Nueva Orleans duró tan sólo dos días.

Aquellas primeras seis horas sumido en la oscuridad del tonel, en el que iba yo doblado como un mensaje dentro de una botella, resultaron un verdadero martirio. Sin embargo, se trataba de un martirio

físico que cuando menos sirvió de alivio para el nudo que me oprimía el estómago, cuya causa conocía mejor de lo que era capaz de admitir. Tras aquellas seis primeras horas de tortura en el cuello y las rodillas, aturdido por el hedor que desprendían los harapos que me había embutido en la entrepierna del uniforme, mi mente se liberó. Empecé a comprender por qué los maestros de la escuela siempre insistían en la importancia de aprender de memoria poemas, discursos y cosas por el estilo, y deseé haber prestado más atención a mis profesores de hebreo, o incluso a los de lengua inglesa, porque la capacidad de hallar entretenimiento en pasajes memorizados de la Biblia (o del *Almanaque del granjero*, si se prefiere) resulta indispensable para cualquiera que deba permanecer en un tonel en el fondo de la bodega de un barco. Traté de recitar pasajes de la Torá que había salmodiado en la celebración de mi bar mitzvah, la Canción del Mar, tomada del Éxodo, e imaginé ser un nuevo Moisés, enviado río abajo en un canasto hacia el corazón de los dominios del Faraón. Me introduciría en el territorio del faraón, imaginaba, mataría a un tirano egipcio (un negrero, no cesaba de repetirme una y otra vez, ¡que por añadidura planeaba asesinar a Lincoln! ¿Acaso podía yo obrar con mayor justicia, con mayor acierto?) y después huiría de nuevo hacia el norte para que Dios pudiera revelarse ante mí en la zarza ardiente del orgullo de la Unión. Aquél no era otro que el recorrido en el canasto, Nilo abajo. Sin embargo, todo aquello eran falsas ideas, y me daba perfecta cuenta. Así que, cuando las seis horas siguientes dieron paso a otras seis, traté de recordar todo lo que pude acerca de mi misión; salvo, claro está, al propio Henry Hyams. Y me hallé rememorando cómo había empezado todo.

El otoño anterior habíamos celebrado el día del Perdón en el campamento militar. Sé que costará creer que pueda oficiarse un Yom Kippur en el Ejército de la Unión, pero se hizo. Fue idea de Abraham Mendoza. El sargento Mendoza, de veintidós años, ojos oscuros y piel cetrina, procedía también de la ciudad de Nueva York y, como a él mismo le encantaba explicar a quienquiera que se lo preguntara (e incluso a quien no lo hiciera), sus antepasados habían llegado a las colonias norteamericanas en 1699, después de que los desterraran de España en 1492 y en el ínterin se asentaran en algún remoto lugar de Brasil dejado de la mano de Dios; todo lo cual hacía de Mendoza un americano de sexta generación, que además se sentía orgulloso de

serlo hasta el sonrojo. A diferencia de la mayoría de los judíos con antecedentes similares, casi todos desaparecidos cual una tribu perdida en la jungla de la cristiandad americana, Mendoza era uno de esos personajes librescos, tradicionales, que había aprendido de memoria la mayor parte del Pentateuco y la mitad de los salmos en hebreo, inglés, e incluso la jerga hispano-judaica, y era capaz de citar pasajes acerca de la prédica de libertad por la tierra y del caminar por el valle de la sombra de la muerte siempre que diera alguna orden, lo bastante ajeno a todo cuanto le rodeaba para que le pasaran inadvertidas las burlas que le hacían por la espalda. Me parecía insoportable, y daba por hecho que el sentimiento era mutuo.

Sin embargo, una noche en el campamento advertí que esperaba detrás de mí su turno para la letrina. Dado que hacía lo posible por ignorar su presencia, estaba muy pendiente de todos sus movimientos, de manera que lo oí con toda claridad musitar entre dientes «¿*Amcha?*».

Es una palabra judía, *amcha*. En sentido estricto significa «tu pueblo», pero para los hebreos es un santo y seña, una sencilla palabra que se susurra al oído de un extraño para ver si la reconoce, momento en el cual la pregunta ya queda contestada. Se trata de un santo y seña perfecto, porque si la persona a la que va dirigido no responde, bien puede interpretarse como un carraspeo. Y lo que lo eleva al grado sumo de perfección es el hecho de que solamente un hebreo puede emplearlo, porque ningún otro hablante, salvo tal vez ciertos alemanes, articula ese sonido guturalmente. El apellido y la tez de Mendoza lo delatan de inmediato, pero yo en cambio soy bastante alto y blanco de piel, por no mencionar que prefiero no revelar mi árbol genealógico a todo el que se cruza en mi camino; de manera que así fue como me indagó.

Se me ocurrió exclamar: «Qué estornudo tan elocuente». En cambio, pensé en mis padres y bajé la voz para responder:

—*Amcha*.

—Espérame a la izquierda de los barracones mañana, a las dieciocho horas —me dijo.

Antes de que pudiera preguntarle para qué, la cola de los que esperaban me había obligado a entrar en la letrina. Cuando acabé, Mendoza ya se había ido.

La tarde siguiente acudí a su encuentro, más movido por la curiosidad que por cualquier otra cosa. Cuando llegué al lugar, me sorprendió ver que otros dos soldados rasos de dieciséis años, Isaac Calderon y Benjamin Gratz, estaban ya esperando. Antes de poder siquiera hablar con ellos, llegó Mendoza.

—Esta noche nos han dispensado del servicio —me informó Mendoza— por ser víspera del Yom Kippur.

¡El Yom Kippur! Me había olvidado por completo. Sin embargo, Mendoza no. Advertí entonces el pequeño devocionario que sostenía en una mano, mientras nos conducía más allá de los límites del campamento e iniciaba el oficio religioso a campo raso. Resultó que éramos diecinueve, entre los que había algunos hombres a los que no había visto jamás y unas pocas caras que me sorprendió encontrar allí. Mendoza plantó su tea en el suelo, la prendió y se volvió hacia el grupo. Anunció que el oficio religioso tendría que abreviarse, a lo que los demás asentimos, y abrió su devocionario para iniciar la ceremonia.

Una vez acabó la oración todos aspiramos con alivio y renovada fe aquel aire otoñal, sumidos en una oscuridad que sólo atenuaba el resplandor de las primeras estrellas. Acababa de empezar el año, y se conservaba todavía immaculado y bello como el canto de los grillos que en aquel campo llenaba la noche fresca y clara al raso. Mientras regresábamos al campamento, Mendoza se puso a hablar conmigo y, sin que la aversión que previamente sentía por él hubiera hecho mella en mí, le respondí. Conversamos acerca de nuestras familias, de nuestros parientes próximos y remotos: postales que primos lejanos enviaban los días festivos, bromas que gastaban nuestros padres, platos que nuestras madres preparaban y todos los pequeños detalles hogareños que suelen recordar los soldados cuando se sienten solos. El oficio religioso de aquella noche, por extraño que fuera, era una parte del hogar; y en aquel momento, mientras hablábamos distendidamente sobre nuestras madres y nuestros primos, Mendoza fue parte de la familia.

U nos meses después me citaron en la tienda del comandante en persona, una noche en la que había corrido el rumor de que el general de brigada visitaría el campamento. Tenía la certeza de que iban a comunicarme un ascenso y, cuando entré en la tienda aquella noche fría de primavera y vi al comandante, al coronel y al propio general de

brigada sentados a una mesa frente a mí fumando sendas pipas, no me cupo ya ninguna duda. Apenas pude reprimir una sonrisa al saludarlos. Esperaba que el coronel se dirigiera a mí, pero fue el general de brigada quien lo hizo tras trazar en el aire un anillo de humo.

—El sargento Mendoza nos ha informado de que tiene usted parientes en Nueva Orleans —dijo al tiempo que depositaba la pipa en un reposapipas de madera que había sobre la mesa—. En concreto, me refiero a Henry Hyams y señora. ¿Es correcto el dato, Rappaport?

Me entretuve en aspirar el humo y saborear el acre aroma del tabaco de pipa.

—Sí, señor. La señora Hyams es prima hermana de mi madre, señor —contesté, a un tiempo decepcionado y confundido. Parecía poco probable que un ascenso se anunciara con un repaso de mi árbol genealógico. Traté de contener un escalofrío. Sólo tenía diecisiete años e inmediatamente me asaltó la idea de que mi madre de alguna manera se las había arreglado para escribir a sus primos y pedirles que me enviaran de vuelta a casa.

El comandante advirtió mi temblor y sonrió.

—Descanse —dijo volviendo a tomar la pipa.

Eché un pie hacia un lado y me puse las manos a la espalda, si bien me sentí aún más incómodo que antes. Cuando continuó hablando, se me encogió el estómago:

—Es usted poco menos que el único soldado de la Unión que cuenta con parentela más al sur de la línea Mason-Dixon, Rappaport —dijo el general de brigada casi como si recitara de un libro—. Nos preguntábamos qué opinión tiene usted del tal Henry Hyams.

Entonces se me ocurrió que, a fin de cuentas, quizá se tratara de un ascenso, si bien iba precedido de un examen que yo debía superar. La falta de lógica que encerraba esa idea —que un oficial que se encontraba de visita me formulara aquellas preguntas a fin de ofrecerme un ascenso, o de que un examen de aquellas características requiriera acudir expresamente a la tienda de los oficiales a horas tan peregrinas, o que dichas preguntas guardaran relación alguna con mi futuro en la compañía— le pasó por alto a mi espíritu de adolescente sumamente arrogante. Ni siquiera pensé en Henry; el hombre en sí me resultaba del todo indiferente. En lugar de eso, sonreí de oreja a oreja e improvisé una respuesta aguda:

—Henry Hyams es partidario de la esclavitud y además rebelde, señor. Por tanto, sólo es digno de desprecio.

Los tres oficiales sonrieron. Con diecisiete años, uno no es capaz de precisar la diferencia entre la admiración y la condescendencia en el rostro de los extraños, y yo aún no sabía que siempre se debe esperar lo segundo. Hube de contenerme para no sonreír también, tan seguro estaba de que había salido airoso.

Otra bocanada de humo.

—¿Y a qué se dedica, ese Hyams suyo?

Aquel «suyo» me crispó, y entonces me asaltó un recuerdo; uno de esos recuerdos que el cuerpo percibe físicamente, en lugar de visualizarlo con la mente. En aquel instante recobré el cuerpo de un niño y sentí que unas manos poderosas me agarraban para alzarme. Sentí aquellas manos asiéndome por las axilas en aquel preciso momento, y la brisa que me rozaba el cogote mientras me alzaban muy arriba. Aparté aquel recuerdo de un plumazo.

—Hace años que no le he visto, señor —respondí, todavía con la esperanza de superar la prueba a la que me sometían—. La compañía naviera de mi padre trabajaba con él de manera ocasional. Se dedicaba al comercio de algodón en Nueva Orleans.

El general de brigada mordió la pipa mientras los tres me observaban atentamente desde lo que en aquel momento parecía el estrado de un juez. Cuando habló de nuevo, eligió sus palabras con sumo cuidado y las pronunció muy despacio, vocalizando todas las sílabas.

—Al parecer, sus aspiraciones profesionales han tomado un rumbo distinto desde la última vez que mantuvo contacto con usted —anunció con una leve sonrisa de suficiencia. Me llenó de inquietud advertir que los otros dos oficiales sonreían del mismo modo. Empecé a sospechar que todo aquello no encerraba ascenso alguno. Con movimientos intencionadamente parsimoniosos, el general de brigada colocó la pipa de nuevo en el reposapipas y dejó que las volutas de humo entretejiesen un velo uniforme ante mis ojos. Después volvió a mirarme y añadió—: Henry Hyams es un espía confederado.

Para el caso bien podría haberme dicho que Henry Hyams era el emperador de Japón.

—¿Un espía, señor? —no podía ser cierto. ¿Se trataba acaso de una nueva prueba? En modo alguno, pues la verdadera prueba estaba a punto de llegar.

—De hecho, ocupa un puesto de importancia —aseguró el general de brigada, y golpeó con un dedo sobre la mesa—. Mantiene lazos con Judah Benjamin.

—¿Qué... qué tipo de lazos, señor? —pregunté, apenas capaz de escupir las palabras. La mera mención de aquel nombre me provocaba náuseas: Judah P. Benjamin, el primer judío en formar parte del Senado de los Estados Unidos, y por entonces el primer judío miembro del gabinete. Sin embargo, era el mismo hombre que, de entre todos los países de la tierra, había decidido consagrar su talento a la Confederación, en la que ejercía de secretario de Estado con total entrega y se había convertido en el más íntimo confidente del propio Jefferson Davis. Hasta el último hebreo de la Unión palidecía al oír su nombre. En cuanto a mí, a punto estuve de vomitar.

—Al parecer, ese Benjamin es primo hermano suyo. Pero no es su caso, por supuesto, dado que a usted le une el parentesco con la esposa. Ése es un detalle que nos complace enormemente. —Volvió a sonreír.

Durante el resto de mis días me avergonzará recordar que yo le devolví la sonrisa. Hoy señalo aquella sonrisa como el principio del fin; fue la primera vez que renuncié a ejercer mi voluntad, el instante preciso en que empecé a sucumbir.

—Hyams ha pasado los últimos meses entrando y saliendo de los estados fronterizos —continuó el general de brigada—. Como bien sabe, antes de la guerra solía mantener negocios en el Norte, y allí cuenta con un buen número de contactos. —Hizo una pausa, me miró fijamente. ¿Era una alusión velada a mis padres? No pude evitar bajar la mirada para esquivar sus ojos escrutadores—. También se las ha arreglado para cruzar la frontera en muchas ocasiones, y ahora hemos conseguido interceptar sus comunicaciones con Richmond. Se está gestando una conspiración atroz. —Guardó silencio a la espera de mi reacción, lo cual me desagradó.

—¿Qué clase de conspiración, señor? —pregunté, a pesar de que no deseaba conocer la respuesta.

—Una conspiración de asesinato. Contra el presidente Lincoln.

—¿Lincoln? Eso... eso no puede ser cierto, señor —tartamudeé.

—¿Por qué? —terció el comandante.

Advertí que tanto él como los demás esperaban mi respuesta con verdadero interés, convencidos al parecer de que yo podía decirles algo que todavía no supieran. Deseé que así fuera.

—El señor Henry Hyams es... Él no es ese tipo de hombre, señor —repuse. Sin embargo, mientras pronunciaba aquellas palabras me di perfecta cuenta de que eran irrelevantes. Era imposible, lo sabía, pero no por el hecho de que Henry no fuera capaz de hacerlo. Era imposible porque nadie lo haría.

—Podríamos mostrarle evidencias sumamente convincentes de lo contrario —dijo el comandante—. Espero que no será necesario.

—Pero... pero no es posible —insistí. Empecé a balbucear confusos argumentos acerca de la solidez de la Unión, de la caballería de las fuerzas confederadas, del respeto por el imperio de la ley que reinaba incluso en el Sur. Era imposible, concluí, porque se trataba de Lincoln, porque estábamos en América, fuera en el norte o en el sur, porque nadie había asesinado jamás a un presidente y porque nadie se atrevería jamás a intentarlo.

—De eso precisamente nos proponemos que usted se asegure —anunció el general de brigada, sonriendo aún—, asesinando a Henry Hyams antes de que dicha conspiración prospere.

Sin duda se trataba de algún tipo de confusión. Los tres hombres me miraban fijamente, con amplias sonrisas. La sangre que me corría por todo el cuerpo empezó a escurrirse por los zapatos.

—Están sugiriendo que mate a mi primo, señor —dije despacio. No se trataba de una pregunta, por descontado. Los tres hombres seguían sonriéndome. De repente pensé que quizá se tratara de una prueba, a fin de cuentas. Tal vez era Dios el que me estaba poniendo a prueba.

—Sus acciones de guerra honrarán a su raza —dijo el comandante. Lo miré de hito en hito. ¿Mi raza?

—Debe usted referirse a mi país, señor —tartamudeé; esta vez traté de que mi comentario sonara a pregunta, aunque sin conseguirlo. Todavía no me había repuesto de su proposición. *Seré un asesino*, pensé. *Seré el asesino de mi propio primo*. En teoría tenía plena conciencia de que el simple hecho de alistarme en el ejército me había convertido en un asesino en potencia, un papel que el muchacho de diecisiete años que era había adoptado con entusiasmo. Sin embargo, aquello era muy distinto. Había dejado de ser mera carne de cañón para convertirme en una bala. Estaban planeando dispararme a su antojo, y por añadidura contra Henry Hyams. En mi memoria,

aquellas manos me sujetaron una vez más por las axilas, aunque esta vez mi cuerpo no se movía.

—Honraré tanto a su país como a su raza, por supuesto —contestó el general de brigada radiante, entusiasmado con el tema que lo ocupaba—. Judah Benjamin y los de su calaña han hecho un flaco favor a su raza. Todos los hebreos de la Unión le recompensarán si usted deshace sus desaguizados.

Los tres oficiales me miraron a los ojos y, bajo el peso de sus miradas, tomé conciencia de lo que veían. Mientras el espejo me devolvía el reflejo de Jacob Rappaport, un muchacho americano de diecisiete años, alto y rubio, los tres hombres sentados a aquella mesa me escrutaban y veían a Judah Benjamin. Y supe de golpe que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para no ser él.

Los tres continuaron hablando y sus palabras me zumbaron confusamente en el cerebro. Mientras atendía, adormecido, a la cadencia de sus voces, experimenté la misma sensación que aquella noche muchos años después, cuando permanecí en pie en el escenario junto al hipnotizador y toqué el violín. Sonreí de nuevo. Y entonces sentí que, como en el tira y afloja del duermevela, mi voluntad se debatía en la duda.

—Esperamos encarecidamente que en esta misión su vida no corra peligro.

—Aunque, si así fuera, confiamos en que no rehusará usted la llamada del deber.

—Es esencial que parezca un accidente.

—En este caso, no debemos recurrir a un disparo.

—Nadie debe descubrir que ha sido usted.

—Le complacerá saber que hemos trazado un plan.

—Se le suministrará una dosis de veneno en la bebida.

—La discreción será fundamental.

—Nosotros le proporcionaremos la lejía.

—Caso que lo apresaran, puede considerar la posibilidad de tomársela usted mismo.

—Para usted no cabría la posibilidad de caer en desgracia si fracasa en su objetivo.

—Si por el contrario lo cumple con éxito, adquirirá fama eterna en toda la Unión.

—El propio Lincoln se lo agradecerá, en nombre de toda su raza.

Dara Horn

—Sabemos que usted no es ningún Judas Benjamin.

—Imagine ver su nombre inmortalizado en los libros de historia.

—Se convertirá usted en un nuevo espía hebreo, como en las Escrituras.

—Astuto.

—Inescrutable.

—Sin embargo, debemos pedirle que no nos traiga uvas. Preferimos cadáveres.

—Es imprescindible que parezca un accidente.

—En este caso, no debemos optar por un disparo.

—Judas Benjamin le ha hecho a su raza un flaco favor.

—Todo puede enmendarse con un poco de lejía.

—Nosotros se la proporcionaremos.

No recuerdo haber dicho que sí, pero poco importaba. Sus palabras me envolvieron y se convirtieron en mí. Y entonces desaparecí.

Cerca de la medianoche del segundo día arribamos a Nueva Orleans. Sacaron el tonel del barco y lo escondieron en un establo próximo a uno de los muelles, tal y como luego pude constatar, donde permanecí largo rato esperando antes de salir. Tenía los brazos entumecidos y me temblaqueaban las manos, por lo que me llevó más tiempo del que había imaginado forzar la tapa del tonel. Entonces salí, con las piernas encogidas y temblorosas que a duras penas me sostenían, y me arrastré fuera del establo, libre al fin en la desierta noche sureña.

Hacía un calor sofocante, cargado de humedad, si bien yo ya estaba empapado en sudor. La brisa que soplabla aquella noche de luna casi llena me supo a libertad en estado puro, pero el alborozo de poder estirar las piernas y los brazos se desvaneció tan pronto recordé que el verdadero horror empezaba a partir de aquel momento. Me apresuré a alcanzar la calle y llegué al final del muelle, desde donde bajé a la ribera del río. Faltaban pocas horas para que amaneciera y, a pesar de que me hallaba en una ciudad tan cosmopolita como Nueva Orleans, al parecer no había nadie por los alrededores, ni siquiera uno que otro borrachín. Me despojé de la ropa, enterré los hediondos harapos que me había embutido en los pantalones bajo una roca que había donde acababa el pasto y me sumergí en las aguas del inmenso Misisipi. Soy un chico de ciudad, claro está, pero

nunca me he vuelto a sentir tan puro como cuando me deslicé bajo el agua turbia de ese río aquella noche de luna. Me zambullí una y otra vez, incapaz de creer que siguiera vivo, y después me mantuve a flote panza arriba y admiré las estrellas. Emergí del agua como un recién nacido. Después, tras enfundarme de nuevo el uniforme, dormité una o dos horas en la orilla, a sabiendas de que mi propio nerviosismo me despertaría antes del alba, como en efecto sucedió. Contemplé los primeros albores de la luz del sol a medida que tornaban gris el cielo que se extendía por encima del anchuroso río, y vi que el cielo estallaba al fin en todo el esplendor del día mientras los primeros transeúntes, probablemente contrabandistas, empezaban a trajinar por los muelles. Comí los últimos restos de gachas del portaviandas y apuré el agua que quedaba en la cantimplora y que con tanto esmero había racionado. A medida que el alba daba paso a la mañana, hurgué en mi pequeño petate y saqué un pedazo de cartón que me colgué del cuello. El cartel era mi brillante aportación al plan. Rezaba así:

Por favor, disculpen a este HÉROE
que ha quedado SORDO Y MUDO
por un CAÑONAZO YANQUI,
aunque en su oído sigue sonando
la entrañable melodía DIXIE del Sur.

Si se están preguntado de qué modo puede uno quedar mudo a causa de un cañonazo, tengan por seguro que quienes lo leían quedaban más mudos aún. Una vez liberado de mi cautiverio, aquel ingenioso cartel no sólo impedía que me involucrara en conversaciones embarazosas con cualquiera que se entusiasmara de ver a un hombre uniformado en la calle, sino que también hacía posible que los propios rebeldes retribuyeran a un espía de la Unión. Con una sonrisa estúpida que me relajaba la cara, señalaba el cartel, hacía amplias reverencias a las damas y tendía mi gorra de la milicia rebelde (la cual recogí, debería mencionarlo, de un cadáver que había sido poco meticuloso con la sangre derramada en el resto del uniforme, aunque muy prolijo en lo referente al tocado). Así me las ingenié para amasar una pequeña fortuna en limosnas y reuní suficiente dinero confederado para costearme los dispendios que pudiera ocasio-

narme la estaba en la ciudad encantada y fantasmal de Nueva Orleans.

Hacía calor. Nunca antes había percibido la humedad como entonces. Toda la ciudad chorreaba, y pueden tomar lo que digo al pie de la letra. Hasta la última verja torcida de cada casa exudaba agua. Y todo sin excepción parecía mustio, decaído. Los porches de madera de las casas, incluso los más recientes, estaban combados en el centro, como si renunciaran a la vida. Árboles bajos, lánguidos, dejaban caer sus largas y esbeltas ramas casi sobre las aceras. En las calles del centro de la ciudad, por donde paseé un poco antes de enfilar hacia el norte en dirección al Garden District, el aire estaba viciado de humo de tabaco, sudor y pereza. Hasta la gente parecía mustia.

Después de transitar por calles flanqueadas de casas decadentes y de que muchos ancianos me saludaran al pasar, llegué al cementerio hebreo. Los cementerios de Nueva Orleans parecen pequeñas ciudades para los muertos. El suelo, demasiado blando y con tendencia a inundarse, no resulta apropiado para las tumbas, de manera que los difuntos reciben sepultura en mausoleos de piedra que se construyen por encima del nivel del suelo; algunos son incluso más espléndidos que los hogares de los vivos. Sin embargo, estas necrópolis no pertenecen a la tradición hebrea: nuestros antepasados hicieron mucho hincapié en que debemos recibir sepultura bajo tierra. Imagino que guarda alguna relación con la vida en el desierto. Pero los judíos de Nueva Orleans viven en una ciénaga, así que han ideado una costumbre única de la que sólo tuve conocimiento al entrar en el cementerio hebreo. Obligados a enterrar a sus muertos en un suelo demasiado mullido, los hebreos han creado su propia necrópolis, donde las tumbas son pequeños montículos de tierra cubiertos de césped; han erigido mausoleos que parecen integrarse en la tierra. Cada parcela es como una meseta cubierta de hierba señalada con una modesta losa de piedra; una ciudad de pequeñas montañas truncadas: esperanzas pequeñas, miedos pequeños, triunfos y fracasos pequeños, todos por igual. Caminé entre las tumbas mientras el sol declinaba por encima de los árboles lánguidos, y al poco topé con la parcela de la familia Hyams, casi al fondo del cementerio, bajo un árbol envuelto de enredaderas. Una generación de Hyams yacía bajo aquel peda-

zo de tierra esponjosa de humedad a la espera de la era mesiánica. Me detuve un instante frente a ellos y, movido por la fuerza de la costumbre y por el miedo, empecé a recitar la oración en memoria de los difuntos. Entonces advertí el espacio desierto que había a un lado de una de las tumbas, un pedazo de tierra virgen, y me di cuenta de que era la única persona del mundo que sabía con total exactitud quién iba a ocuparlo.

Alcé la vista al cielo; se estaba poniendo el sol y las copas de los árboles parecían arder. Si yo fuera un hombre más valeroso, más sensato, si fuera un hombre con plena posesión de su voluntad, en aquel momento le habría preguntado a Dios lo que estaba haciendo, por qué iba a hacerlo, de qué modo podía evitarlo. Sin embargo, no era valeroso ni sensato. En lugar de eso miré hacia el sol y advertí, lisa y llanamente, que se me estaba haciendo tarde, que era hora de seguir adelante y hacer lo que se me había ordenado. Entonces, dándole la espalda al sol que desaparecía en el horizonte, me apresuré a salir del cementerio y enfilé por St. Charles Avenue. Recordé quitarme el estúpido cartel que llevaba al cuello justo antes de alcanzar la mansión de madera grande y destartalada que ostentaba el número cuarenta y seis.

Un esclavo abrió la puerta. No sé quién esperaba que lo hiciera, ¿tal vez el propio Henry Hyams ofreciéndome una daga para que se la hundiera en el corazón?, pero aquel negro de mirada severa me tomó por sorpresa. Parecía rondar los cuarenta años, y no sonreía. La mayoría de los negros que había visto a lo largo de mi vida formaban parte de espectáculos o de algún tipo de función y, claro está, todos estaban siempre de lo más alegres, o cuando menos se comportaban como si así fuera, mientras tocaban sus violines imaginarios sobre el escenario. En cambio, aquel hombre estaba a todas luces furioso y me apuntaba fijamente con su mirada severa. Al bajar la vista para esquivarla, advertí que se sostenía sobre una única pierna sana y que un pie se le torcía hacia un lado; en un principio me había preguntado por qué un esclavo de su edad no estaba trabajando en alguna plantación, y entonces deduje que un sirviente lisiado debía conseguirse a precio de saldo. Contempló mi uniforme, repasándome el torso de arriba abajo. A continuación, con la frente cubierta de pequeñas gotas de sudor, me escrutó con una expresión car-

gada de desprecio. Frente a mí había un hombre que ya se había cansado de agradar. Y yo, que apenas empezaba a fingir, ya me estaba acostumbrando a asimilar el desprecio. Entrecerré los ojos y sonreí de oreja a oreja.

—El señor Henry Hyams, por favor —dije. No sabía si encontraría a Henry Hyams en casa a aquella hora. Y, caso que así fuera, no me sentía en absoluto preparado para mirarlo a los ojos.

Más allá de la entrada pude atisbar un ampuloso vestíbulo con molduras talladas y pintadas, y entre los apliques advertí ciertos parches pálidos y cuadrados. Me pregunté si tal vez habrían vendido algunos cuadros.

El negro volvió a observarme, atravesándome el pecho con la mirada, y por un momento imaginé que era capaz de ver el veneno que llevaba en el bolsillo.

—¿Quién lo buca? —masculló. Me di cuenta de que estudiaba con sospecha mi uniforme, y de repente me hice a la idea de cómo debieron ver mis antepasados a sus implacables tiranos en todo momento hasta aquella misma noche, la víspera de la Pascua judía, hacía tres mil años. Francamente, soy un sentimental. A pesar de que sabía cuán absurdo resultaba el hecho de pensarlo siquiera, me dieron ganas de susurrarle «*amcha*» al oído.

—Jacob Rappaport —respondí. Después de haber desempeñado el papel del héroe de guerra sordomudo, el sonido de mi nombre auténtico me sorprendió. La verdad me supo a un trago de agua fría en un día de intenso calor.

El negro me miró de nuevo fijamente y, por un momento, pensé que estaba a punto de arrojarme un escupitajo a los pies. Entonces volvió la cabeza y gritó:

—¡Señora Hyam! ¡Aquí un soldao! ¡El señor Rappa! —dijo con un gruñido. Acto seguido, como si me dispensara de seguir en posición de firmes, dio media vuelta y se metió de nuevo en la casa, dejando que la corriente entornara la puerta tras de sí. Alcancé a colocar un pie antes de que se cerrara la portezuela de vaivén y lo observé recorrer el pasillo con la pierna agonizante a rastras, hasta que un enorme vestido azul apareció en el vestíbulo y empezó a acercarse a mí. A medida que el vestido se aproximaba, atisbé que sobre éste estaba colocada una cabeza de mujer, cuyo cabello se amontonaba en una torre adornada con perlas a todas luces falsas. Se suponía que en

alguna parte también debía de haber una cara, si bien dicho lugar quedaba oculto por un gigantesco abanico de plumas de pavo real de color turquesa.

Aquellas plumas avanzaron como si la propia ave se pavoneara ante mí, meciendo su llamativa cola en un esmerado baile de apareamiento.

—¿Rappa? ¿Quién es Rappa, si puede saberse? —preguntó una voz tras las plumas. El abanico fue bajando poco a poco hasta que le vi la cara: los ojos de color verde claro, la boca de labios llenos ensanchada en una sonrisa social, el saludo cauto y la amabilidad que acechaba muy por debajo de éste. Y entonces por poco me echo a llorar, porque en el rostro de Elizabeth Hyams contemplé a mi propia madre de pie ante mí.

Habían transcurrido muchos años desde la última vez que nos habíamos visto y sé que había cambiado mucho desde que era un chiquillo, pero no cabe duda de que me parezco a mi madre. La gente siempre me lo ha dicho, sobre todo cuando tenía diecisiete años y apenas me despuntaba la barba. Elizabeth Hyams debió de pensar lo mismo, porque ni siquiera me saludó. En lugar de eso, me miró a los ojos y dijo:

—Dios mío.

Y luego se desvaneció.

—Desde luego, no te esperaba. Elizabeth había vuelto en sí en seguida, después de que la incorporara del suelo y el sirviente negro fuera cojeando hasta la cocina y volviera con las sales aromáticas. Me sorprendió comprobar lo frágil que su cuerpo parecía entre mis brazos. Tenía la misma voz que mi madre, con un marcado acento sureño. Me revisó y exclamó:

—¡Si llevas nuestro uniforme! Pero... ¡pero tú eres yanqui!

—No había manera de hacértelo saber —balbuceé, y traté de que aquellas palabras no se me atragantaran. A continuación empecé a recitar la historia que los oficiales me habían hecho aprender: el extenso y tedioso relato cargado de sensiblería acerca de cómo me había decidido valientemente a no traicionar a los parientes que mis padres tenían en el Sur, el nombre y el número del supuesto regimiento rebelde al que pertenecía, la imprecisa batalla imaginaria en la que había perdido a mis compañeros de armas, mi recorrido a pie de

todo el camino hasta llegar a Nueva Orleans, etcétera, etcétera. Había ensayado aquel monólogo en un sinfín de ocasiones, incluso en el interior del tonel, y podía repetirlo sin necesidad alguna de pensar. Para lo que no me había preparado, no obstante, era para soltar aquel discurso con mi madre como espectadora.

—Cuéntamelo todo... absolutamente todo lo que has visto y lo que te ha ocurrido —me pidió con los ojos preñados de compasión. Había creído hasta la última palabra que le había dicho.

Traté de no compadecerme a mí mismo, pero pensé en mi madre y hube de contener un sollozo. Elizabeth pensó que aquel débil sollozo se debía a mi doloroso pasado, en lugar de al doloroso futuro que a ella le aguardaba, y tuve que contener un nuevo hipido al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Oh, querido, no hay razón para que hables de ello —rectificó tomándome ambas manos entre las suyas—. Ha sido una crueldad por mi parte pedírtelo. Es sólo que pensaba en nuestros muchachos. Perdóname, te lo ruego.

El nudo que sentía en el estómago se hizo más prieto cuando sus anillos se me clavaron en los dedos. Una vez más lo atribuí a mi nerviosismo, y de nuevo supe que no era ésa la verdadera razón. Sin embargo, recordé las hipnóticas palabras que aquellos tres hombres habían pronunciado en la tienda de campaña de los oficiales, y me metí de lleno en el papel.

—Acabaremos con esos yanquis, te lo aseguro —anuncié tragando bilis.

—Me alegro mucho de oírlo de tus labios —dijo con sincera alegría—. Los periódicos se muestran tan poco halagüeños... Supongo que todo el mundo lo ve negro. Incluso Henry.

¡Henry! No, ahora no quiero pensar en él, me dije. Carecía de sentido pensar en él en aquel momento. Por suerte, la misma Elizabeth consiguió distraerme.

—¿Cómo están tus padres? —me preguntó.

Decir la verdad fue todo un alivio.

—No han caído en la ruina, lo cual no es poca cosa —repuse, y por vez primera sonreí con ganas.

A pesar de que a lo largo de las últimas semanas no siempre había logrado quitarme a Henry de la cabeza, me las había arreglado a las mil maravillas para no pensar en cómo afectaría a mis padres aque-

lla misión. En mi imaginación los mantenía cándidos, sentados a la mesa para celebrar el Pésaj en Nueva York, abriendo la puerta con ferviente entusiasmo para darme la bienvenida. Ni por un instante se me ocurrió pensar de otro modo.

—Ahora mantienen más tratos comerciales con el Canadá, pero no lo han tenido fácil —añadí—. Por supuesto, han estado muy preocupados por vosotros.

Elizabeth agitó el abanico y vi que miraba al suelo.

—Ah, nosotros andamos bien, de veras que sí —contestó, si bien su voz delató por primera vez un dejo de falsedad.

Eché un vistazo a aquella estancia casi desnuda, venida a menos; luego la miré de nuevo, y quedé perplejo al notar que había un pequeño agujero en la puntera de su zapato.

—Aunque nos preocupan mucho los chicos —continuó—. Tenemos a los tres en el frente, claro está. Todos tenemos a los hijos en el frente. Por primera vez en la vida he sentido envidia de las madres que solamente tienen hijas, las que antes solían envidiarme a mí —sonrió—. ¡Pero qué maravilla tenerte aquí! ¡Un magnífico sustituto de los chicos! Verás cómo se pone Henry cuando te vea —me dijo alborozada—. ¡Y encima con nuestro uniforme! Siempre ha sentido una gran admiración por ti.

Uno se considera un hombre de verdad por no dejar traslucir emoción alguna, por salir airoso de una impostura. Bajé la vista hasta el agujero de su zapato con los labios apretados, con la esperanza de que mi actitud pasara por ser orgullo que ocultaba por modestia. La miré a los ojos, pero cerré mis oídos a cal y canto y dejé vagar la imaginación, tratando de pensar en cualquier persona o cosa que no fuera ella. Mi memoria desembocó en el otoño anterior y en Mendoza, a quien en aquel momento maldije una y otra vez. Era propio de traidores utilizar una conversación privada para congraciarse con los oficiales al mando; de repente allí estaba yo, a punto de asesinar a alguien de mi propia familia, ¡y todo por culpa de Mendoza! Sin embargo, entonces me pregunté si, a fin de cuentas, se trataría de una misión que el Señor me encomendaba; si en realidad Mendoza habría actuado de agente involuntario de Dios y yo de veras estaba a punto de salvar la vida del presidente de los Estados Unidos, de salvar a toda la Unión y convertirme en un nuevo Moisés, un Moisés remozado; si la mezquina traición de

Mendoza en realidad sería un paso necesario para que el mundo entero retomase el rumbo. ¿Acaso no era Henry Hyams un precio insignificante que pagar a cambio de que se enderezase de nuevo el rumbo de toda la humanidad? En cualquier caso, en aquel momento no podía verlo de aquel modo. Todo lo que veía era a la prima de mi madre rota de dolor, como lo estaría aquella misma noche si cumplía mi misión con éxito. No, yo no era Moisés. Era el ángel de la muerte.

—Judah vendrá también, estoy segura de que te complacerá saberlo, aunque nos advirtió que tal vez se retrasaría un poco —oí que Elizabeth decía. Sus palabras sofrenaron en seco mis negros pensamientos—. No creo que hayas coincidido con él antes. Su hermana ha caído enferma, de manera que acudirá solo. Su esposa y su hija viven en Francia.

—¿Judah? —pregunté. Mi cara mostraba mera curiosidad diplomática, pero no daba crédito a mi buena fortuna. ¿Acaso podía ser cierto?

Me miró como si se me hubiera desparramado la sesera sobre el uniforme.

—¡Pero bueno! ¡Judah Benjamin, qué otro si no! —anunció. Se ruborizó, llena de orgullo—. Es primo hermano de Henry. Vaya, ya entiendo lo que te ha confundido —añadió con una carcajada, si bien me sentía más perplejo que confuso; me inquietó entonces el porqué debía yo estar confundido—. Claro, es que se casó con una católica —dijo bajando la voz, en ese tono confidencial que emplean las mujeres de sociedad para revelarte que alguien padece una enfermedad o que tiene un lío amoroso. Como miembro de la familia Rappaport, había oído muchas veces ese tono de voz—. Pero todo fue de cara a la galería. Ni siquiera para eso, en realidad, porque él lo oculta. Suele venir a Nueva Orleans para el Pésaj —concluyó con una radiante sonrisa.

Me resultaba poco menos que imposible de creer. ¿Qué clase de secretario de Estado abandona a su presidente en plena conflagración y viaja durante jornadas enteras tan sólo para celebrar una festividad religiosa? Tal vez era cierto que Benjamin no se hubiera convertido al cristianismo, pero me costaba creer que de repente se hubiera tornado un hebreo tan devoto. Su visita ocultaba otra razón, y recobré todas mis energías cuando me di cuenta de cuál debía ser.

En ese instante, otro pensamiento se me pasó por la cabeza: que podía administrarle el veneno que guardaba en el bolsillo a Benjamin, pues a buen seguro se trataba de un objetivo más valioso. Sin embargo, el influjo de mis hipnotizadores me había paralizado y estaba demasiado aterrado para cometer un error estrepitoso. Se podía prescindir de alguien como Henry; Benjamin, en cambio, era casi un jefe de Estado. Debía ceñirme al plan. Entre tanto, esperé a que se pusiera el sol y charlé un poco con Elizabeth sobre sus hijos y sobre mi madre, horrorizado de pensar en el momento en que Henry Hyams llegara a casa y se sumara a nosotros para la cena.

Lo hizo media hora después. Sentí un gran alivio al constatar que entraba acompañado de diez personas más a la zaga, puesto que así no era necesario que hablara con él más de lo que podía soportar. Por poco se desplomó al verme de pie en el vestíbulo, si bien fui yo quien contuvo el aliento.

—¡Mi querido muchacho! —exclamó quitándose el sombrero y apuntando con él hacia donde yo estaba—. ¡El joven vástago de los Rappaport, convertido en todo un hombre! ¡Y por si fuera poco, un yanqui que se ha hecho rebelde! ¡Jamás lo hubiera dicho!

Era más alto que yo, debía de rondar el metro ochenta, y el sombrero de copa con el que me saludaba me recordó a mi padre.

—Tampoco yo lo hubiera dicho —repliqué, y Elizabeth empezó a parlotear y a relatarle lo insoportable que se me hacía traicionar a la familia y todo lo demás. Debo reconocer que me alegré de no tener que repetir la historia de nuevo, pues bastante trabajo me costaba no temblar. Henry asimiló toda la sarta de mentiras y sonrió:

—Dime, hijo, ¿he envejecido mucho? —me preguntó con una carcajada.

—Ni un ápice —le contesté. Y en ese instante, cuando reuní valor para mirarlo a la cara con más detenimiento, me sorprendió comprobar que era cierto. Supongo que uno siempre imagina que los demás se conservan precisamente igual que la última vez que los vimos, pero en el caso de Henry era así. La guerra, que a todas luces había causado estragos en su esposa y en casi todo el mundo con el que me había cruzado a lo largo del año anterior, parecía haber surtido el efecto opuesto en Henry Hyams. A diferencia del resto de los americanos, que habían quedado demacrados y enfermos, Henry Hyams parecía incluso más joven que la última vez que lo había visto. Los

brazos y las piernas, e incluso la barriga, parecían delgados y musculosos; lo más llamativo, no obstante, era su mirada. Le brillaban los ojos, como si vieran más de lo que fueran capaces de revelar, al igual que si se tratara de un chico a punto de cometer una travesura. De pequeño, aquella mirada me provocaba una enorme curiosidad, y me hacía pensar en él como en un niño vestido de hombre. En aquel momento, en cambio, de pie frente a él con mi uniforme de rebelde arrebatado a un cadáver, observé su mirada alegre y me sentí asqueado, al darme cuenta por primera vez en mi corta vida de lo que encierra ser un niño vestido de hombre.

—Debo admitir, Jacob, que nunca pensé que volveríamos a vernos. Ocho años han pasado, ¿verdad? Qué vueltas ha dado la vida. Cuánto ha cambiado el mundo.

Le sonreía mientras me daba un par de besos en las mejillas, y me pregunté qué demonios podía yo añadir.

Un anciano que permanecía a su lado se quitó el sombrero.

—Estamos orgullosos de ti, hijo —aseguró meneando la cabeza—. Esta guerra no es como las de antes. Mi padre fue un veterano de la Revolución, y solía decir que las guerras se hacen por principios. Estoy convencido de que en el Norte creen que en esta guerra se lucha por principios, pero no es así, hijo. Se lucha por la tierra. Nuestros muchachos están sembrando esta tierra con su propia sangre.

Nunca en toda mi vida —mi vida en la ciudad, mi vida entre carruajes y calles adoquinadas, transcurrida junto a mis padres y sus socios y el resto de sus amigos comerciantes— había oído a alguien hablar de la tierra. En mi familia nadie en veinte siglos había poseído tierras. Sin embargo, en aquel instante me di perfecta cuenta de que aquellos hombres sí lo habían hecho, y hablaban en serio. Debía dejar de escucharlos, me dije. Cuanto más escuchara, peor cariz tomarían las cosas.

Afortunadamente, fue entonces cuando Elizabeth empezó a conducirnos hasta el comedor para sentarnos a degustar la comida de aquel día festivo. Mientras seguía al resto de los invitados, vi que Henry se dirigía a Elizabeth. Esperaba oír un saludo cariñoso de su parte, o incluso que le besara la mano, pero no lo hizo. En lugar de ello, escuché que, con una aspereza que me horrorizó, le espetaba:

—¿Dónde está Judah?

—Llegará tarde —le susurró ella—. Me dijo que se retrasaría.

—Vale más que venga —replicó él.

Elizabeth sonrió:

—Oh, claro que vendrá. Ten paciencia, viejo tonto —dijo ella.

Henry refunfuñó cuando Elizabeth pasó junto a él a toda prisa en dirección a la mesa. Me quedé estupefacto. Todos los recuerdos que guardaba de Henry se correspondían con un hombre alegre y anifiado que no se irritaba por nada; evidentemente, eran recuerdos infantiles. Después de todas aquellas semanas tratando de no pensar en Henry, decidí entonces observarlo con detenimiento, escuchar y ver con mis propios ojos a qué clase de hombre tramaba asesinar. Tomé asiento cerca del final de la mesa, desde donde gozaría de una buena panorámica del lugar que ocupaba Henry, en la cabecera. Y entonces dio comienzo el oficio religioso.

Ignoro si hay una situación más extraña que sentarse a celebrar un Séder de Pésaj, la fiesta de la libertad, mientras cada fase del ágape viene servida por esclavos, pero eso ocurrió justamente en casa de Henry Hyams. Fue una suerte, supongo, que buena parte del oficio se hiciera en hebreo, pues resultaba mucho más cómodo sin que los esclavos estuvieran escuchando, si bien había multitud de incómodos pasajes que versaban sobre la libertad y que Henry leyó en inglés con orgullo desde la cabecera de la mesa. El negro renqueante que me había recibido en la puerta y otra mujer de color (¿quizá la esposa del cojo? ¿O, me obligué a imaginar, tal vez hubieran vendido a su esposa en algún otro lugar y aquella mujer fuera una nueva adquisición de la casa, una completa desconocida?) entraban y salían de aquel deslucido comedor con las bandejas de matzá y hierbas amargas mientras entonábamos los cánticos hebreos y dábamos gracias a Dios por liberarnos de nuestro cautiverio. Yo era el nuevo Moisés, me recordé; no el Moisés que guió al pueblo fuera de Egipto (aquel papel le correspondería más bien al presidente al que estaba a punto de salvarle la vida), sino un Moisés joven, el Moisés que dio muerte al tirano egipcio y después huyó, salvando con ello al Moisés de la senectud. Advertí que los demás evitaban el contacto visual con los esclavos que servían la comida y los platos. En cambio, yo me cercioré de fijar la vista en ellos en cada ocasión. La mujer esquivaba mi mirada, pero no así el hombre, que la sostuvo con una expresión de triunfo extraña y feroz. Me asustaba más aún que el propio Henry. Miré hacia otro lado.

Henry Hyams condujo la ceremonia; se puso en pie, alzó su primera copa de vino y recitó las oraciones iniciales. Cuando se sentó y los esclavos empezaron a pasar la jofaina y el cántaro para el ritual del lavado de manos, seguidos de las bandejas de verduras de hoja, Henry presentó a todos los hombres sentados a la mesa. Al parecer, todos eran propietarios de alguna vasta plantación o de negocios mercantiles. Y por fin llegó mi turno.

—Éste —anunció alzando su copa hacia mí con un guiño— es mi primo, Jacob Rappaport, el mayor renegado del siglo en que vivimos.

No tuve más remedio que sumarme a la carcajada de las visitas, aunque por suerte no duró mucho; un instante después, Judah Benjamin hacía su entrada en el comedor. Todo el mundo se puso en pie.

Hasta el último hebreo de la República sentía fascinación por Judah Benjamin. Los hebreos sureños lo consideraban el mensajero del Mesías, el heraldo que proclamaría la libertad por toda la tierra a quienquiera que alguna vez hubiera sentido ese temor al poder tan propio de los judíos. Los hebreos del Norte veían en él, en cambio, el comienzo atroz de una caída en el infierno judío americano, y los viernes por la noche, en la mesa, susurraban a las calladas que, si la Confederación llegaba a imponerse, la podredumbre de los siglos acabaría por marchitar incluso la frescura de América, y que las culpas recaerían nuevamente sobre los judíos. Mis padres habían compartido la petulancia sureña hebrea respecto a él, y se sentían de lo más orgullosos. Sin embargo, después de haber pasado los últimos meses leyendo acerca de Benjamin todo lo que me proporcionaban los oficiales, tenía la impresión de que el mero hecho de pensar en él me incomodaba, y sólo con el paso de los años he sido capaz de entender por qué.

Judah Benjamin era sin lugar a dudas un emblema del genio americano, alguien cuya cuna no le había dado nada y que todo lo había logrado transformándose a sí mismo. Nacido en una isla del Caribe dejada de la mano de Dios antes de que su familia se asentara en Carolina del Norte y se dedicara a la venta de fruta en el puerto, el señor Benjamin había sido admitido en la facultad de Derecho de Yale a los catorce años, a pesar de su apellido, su linaje y su completa carencia de fondos. Dejó Yale después de que lo acusaran de robo (tengo la certeza de que falsamente) y, dado que no estaba dispuesto

a regresar a la pobreza en que vivían sus padres, partió a Nueva Orleans. Allí no tardó en sacar provecho de ser el hombre más inteligente de la ciudad y abrió un bufete jurídico, consiguió que lo eligieran legislador del estado y pasó luego al senado de los Estados Unidos. Por el camino, se hizo con una bellísima esposa perteneciente a la elite francesa de la ciudad y después con una plantación de su propiedad, excelente preludio para convertirse en el segundo hombre más poderoso de toda la Confederación. Poseía el genio americano, lisa y llanamente. Había consagrado por entero su vida a negarse a ser la persona que le dictaban sus orígenes. El problema es que todo era una farsa. Era un abogado que jamás acabó sus estudios de Derecho, un hacendado cuyos conocimientos acerca de la agricultura eran tan pobres que viajó a Francia a conocer las simientes, el patriarca de una familia católica a quien nunca se le pasaría por la cabeza creer en la divinidad de Jesucristo, un hombre casado con la aristocracia sureña cuya esposa e hija siempre habían preferido París al Sur americano. Y quienquiera que lo mirara no dejaba de comentar que la suya era la cara más hebrea que había visto jamás.

Permaneció en la puerta un momento sin dirigirse hacia su asiento en la mesa. Era de corta estatura, no debía medir mucho más de metro y medio, y tenía las mejillas rellenas y suaves, como las de un niño, la piel y los ojos oscuros. Había oído hablar de su sonrisa perpetua y enigmática, pero verla en persona me causó verdadero impacto. Paseó la mirada por el comedor, deteniéndose en cada uno de los rostros de los comensales, y en seguida advertí que su sonrisa no era una invitación a la afabilidad, sino una prevención contra ella. Era de todo punto imposible adivinar sus pensamientos, e intentarlo resultaba exasperante.

—Es un verdadero placer estar aquí, Henry —dijo despacio, mientras Henry se afanaba por conducirlo hasta la mesa a que ocupara su asiento. Modulaba su voz con esmero, articulaba las palabras con precisión a pesar de que las arrastraba ligeramente—. Fue muy gentil por tu parte invitarme a participar de esta velada.

Observé que Henry le arrimaba la silla para que tomara asiento y le dedicaba una ligera reverencia. Advertí que todos los invitados esquivaban su mirada penetrante. Era como si nos halláramos en presencia de un rey soberano. Benjamin se sentó, y sólo cuando Henry volvió a ocupar su lugar en la mesa y anunció la siguiente parte del

oficio religioso, los comensales se tomaron la libertad de sonreír. Benjamin devolvió a todo el mundo su inquietante sonrisa, abrió su libro y, mientras Henry continuaba ejerciendo de maestro de la ceremonia, se enfrascó en él; junto con el resto del grupo entonó un cántico donde se rememoraba nuestra antigua esclavitud en Egipto, hasta que Dios nos sacó de allí con su poderosa mano. Fue sumamente extraño. Recordaba a Henry como un hombre imponente cuya presencia llenaba toda una habitación. En cambio, allí vi a un Henry muy distinto: tímido, retraído, a la espera de que le dieran permiso para actuar. Mientras leía en voz alta los textos religiosos, parecía hallarse bajo un hechizo.

Con diecisiete años, mi mayor ambición consistía en alcanzar la clase de victoria que Benjamin había cosechado al convertirse en un héroe americano, así que pasé el resto de la velada observándolo, en busca de las claves que pudiera proporcionarme en el arte del fingimiento. Lo estudié detenidamente, y pude ver que su presencia encerraba algo extraño, cierto misterio que yo no era capaz de precisar. Su desbordante inteligencia era evidente, pues todo lo que decía parecía una especie de aforismo, aunque no podía yo juzgar si era o no de cosecha propia. Cuando uno de los comensales le preguntó jovialmente qué nuevos planes se habían trazado desde Richmond en cuanto a estrategia, al principio me llevé una desilusión, y después un susto, cuando clavó en mí su mirada y dijo, como se tratara de una cita:

—Tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos.

Al resto del grupo el comentario le pareció ocurrente y todos es-tallaron en una sonora carcajada, de la que yo participé para ocultar mi temor. Durante el resto de la cena se comportó con afabilidad y no dejó de sonreír en todo momento, pero lo envolvía un halo de impostura que me hacía sentir más incómodo de lo que ya estaba. Contestaba a las preguntas que se le planteaban, si bien sus respuestas no lo alentaban a uno a dilatar la conversación. Era como si cada palabra que dijera hubiera sido analizada en su cabeza de antemano, después de decidir que valía la pena enunciarla. Cuando guardaba silencio, sonreía; la suya era una sonrisa extraña, que te hacía pensar que se estaba riendo de ti sin que supieras por qué. Los artículos de la prensa en los que había leído perfiles sobre él siempre atribuían a su raza aquel aire extraño, pero si bien yo mismo pertenecía a esa raza, aquel curioso individuo también me turbaba. Cuanto más pensaba

en él, más me preguntaba si a fin de cuentas sería uno de esos hombres, ¿cómo expresarlo?, con intereses típicamente masculinos. Me había codeado lo suficiente con otros soldados para saber de qué modo habla un hombre solo de las mujeres, tanto si se trata de la suya propia que lo espera en casa, como de la de cualquier otro. Sin embargo, cuando la conversación derivó hacia las familias, quedó claro que a aquel caballero no le importaba un comino que su esposa hubiese residido en Francia los pasados doce años, y también que no había buscado a ninguna otra que ocupase su lugar en su ausencia. Deduje que cuando iba a Nueva Orleans se hospedaba en casa de su hermana, y cuando los comensales a la mesa se interesaron por su vida social —aun cuando Henry le pidió con insistencia: «Judah, podemos dejar la guerra de lado un rato, ¿no te parece?»—, mencionó a una única persona: el señor Davis, el señor Davis y el señor Davis. En un momento dado, para mi sorpresa, se refirió a él como «Jeff». Un hombre con intereses típicamente masculinos, en definitiva, y me pregunté si el propio presidente de la Confederación encarnaba acaso su ideal de hombría.

Seguir el hilo de aquellas ideas para mí era tan sólo una distracción, una evasión en la que incurría para dejar de lado la absorbente personalidad de Henry Hyams, inminente víctima de asesinato que permanecía sentada frente a mí. Atendí a los textos del oficio religioso tembloroso de miedo, mientras Henry Hyams los leía en alta voz y luego ofrecía su propio comentario al respecto, lo cual apretaba cada vez más el nudo que me constreñía el estómago. Así que traté de concentrarme en el relato que se narraba en el cántico litúrgico que entonábamos alrededor de aquella mesa, en el que se describía el suplicio de nuestros antepasados, esclavos en Egipto, y las tremendas vindicaciones que trajo consigo la liberación. Es uno de los escasos momentos de gloria hebrea a lo largo de toda la historia, quizá incluso el único. Sin embargo, a veces me imagino cuán terrible debió de ser pasar por ello: las torturas de la esclavitud, y después la horrenda vindicación del ángel de la muerte, que aniquiló a todos los hijos primogénitos de Egipto para que los israelitas pudieran recuperar la libertad. Y entonces me pregunté qué debieron de sentir los israelitas cuando el inmenso alarido de dolor estalló en Egipto, cuando no quedó una sola casa en la que no hubiera un muerto. ¿Victoria? ¿Sed de venganza? ¿O acaso los embargó el horror ante la mera mag-

nitudo del poder de decidir sobre la vida y la muerte, a través de la voluntad de su Dios? Tal vez uno de ellos sintiera aquel temor quedo, insignificante, que sentía yo mientras escuchaba a Henry Hyams con un atadajo de veneno en el bolsillo.

—En toda generación —salmodió Henry del libro que sostenía entre las manos— cada persona tiene la obligación de verse como si él mismo hubiera salido de Egipto.

Henry leía con la presteza y la expresividad de quien no se limita a recitar las palabras, sino que las siente y cree en ellas.

—Nosotros mismos muy pronto saldremos de Egipto —comentó Benjamin jovialmente cuando Henry hizo una pausa—. Y lo sé de buena tinta, puesto que me lo han asegurado desde Richmond.

Todo el grupo prorrumpió en risas mientras el negro renqueante —que pasaba desapercibido a los demás invitados, pero cuya presencia a mí me resultaba insoslayable— entró para servir los pequeños platos que se emplean para las hierbas amargas.

—Creía que habías dicho que todo debía permanecer en secreto —repuso Elizabeth, picarona. Se me hacía aún más difícil mirarla a ella que al propio Henry.

—La victoria no es ningún secreto, sino un hecho inevitable —aseguró Benjamin—. Tal vez no haya que revelar los medios, pero los fines están ahí a la vista de todos.

Los comensales aplaudieron entusiasmados. Advertí que la situación encerraba algo disparatado, hipnótico. Todos y cada uno de los allí reunidos se hallaban en su poder. Pronto se sirvió la comida, y la conversación se consagró casi en exclusiva a dedicarle cumplidos, a lanzarle continuas preguntas sobre estrategia bélica que él rehusaba responder de manera sistemática, y hubo también risas tristes cuando las mujeres intercambiaron anécdotas de los muchachos que tenían en el frente y que, aunque era yo el único de los allí reunidos capaz de imaginarlo, muy posiblemente estaban muertos. Se trataba de un inmenso delirio de grandeza, una ilusión que prometía la gloria, y todos formaban parte de ella. En cambio, yo me hallaba bajo mis propias sugestiones.

El oficio religioso continuaría después de la comida, pero por el momento el grupo se había retirado al salón, decorado con muebles ya viejos y en pobre estado, para esparcirse y estirar las piernas

antes de volver a la mesa. Fuera ya era oscuro; el negro lisiado había prendido las luces. Traté de entablar un poco de charla con Elizabeth y algunos de los invitados, pero me situé justo de espaldas a Henry cuando vi que se replegaba hacia un rincón a hablar con Judah Benjamin. Lo observé en todo momento por el rabillo del ojo mientras me quedaba en pie junto a Elizabeth y dejaba que siguiera parlotando acerca de sus chicos en el ejército, en tanto que yo escuchaba la conversación que se mantenía a mis espaldas.

—Judah, ya sé que has abandonado la fe de tus padres, pero quizá te apetecería reunirte conmigo en la sala de estar para hablar sobre el significado de la libertad —oí que Henry le decía en voz baja.

Pude detectar la burla que encerraba la respuesta de Benjamin:

—En realidad, lo que me apetecería es fumar una buena pipa.

Henry dejó escapar un bufido.

—Lamento informarte de que mi esposa guarda algo más de respeto que yo por las tradiciones, y no consentirá que se fume en casa durante la festividad.

—Solamente el día en que se festeja la libertad hebrea se siente uno más libre al retomar la vida cotidiana —proclamó Benjamin—. Me parece la tradición más opresora que jamás haya existido. Supongo que no quedará más remedio que salir de la casa.

—Una brillante idea.

—La idea es brillante, pero para llevarla a cabo no debe haber brillo alguno. La brillantez no requiere sutileza; en cambio, si deseamos culminar con éxito nuestras faltas, debemos hallar el rincón menos resplandeciente de la propiedad. —Aquel hombre hablaba como si escribiera un libro.

—Lejos de la casa, entonces, junto a la letrina.

—Una idea nada brillante, Henry, a menos que pretendas que nos situemos en contra del viento.

—Por supuesto.

—Bien, entonces —Benjamin se volvió, y por un momento se quedó mirándome fijamente. Su rostro no dejaba traslucir expresión alguna; no parecía pensar que había escuchado su conversación o, si así era, no dejó traslucir que le mereciera opinión alguna. Me dio una palmada en el hombro.

—Sentimos por usted una gran admiración, joven —dijo—. Sólo un hombre singular entiende como usted la difícil situación por la

que pasa su pariente y acude en su ayuda. Da muestra de una gran lealtad para con los propios.

Era un cumplido difícil de aceptar, y más si procedía de Judah Benjamin, príncipe judío de la Confederación, pero se lo agradecí encarecidamente y le estreché la mano. Me resultaba más fácil que mirar a Henry a los ojos. A continuación, ambos se excusaron y se dirigieron a la parte trasera de la casa. Escuché un poco más a Elizabeth suspirando por ver a sus chicos antes de excusarme también, incurriendo incluso en una ligera reverencia, y dejé a Elizabeth en compañía de las tres mujeres que esperaban con ansiedad su turno para hablar con ella. Luego recorrí a toda prisa los corredores que se adentraban hacia el fondo de la casa, en busca de mi presa.

Era una noche de resplandeciente luna llena, como siempre en Pésaj, una luna que semejava una moneda posada sobre el negro terciopelo de la noche primaveral. Aguardé junto a la casa hasta que Henry y Benjamin hubieron doblado la esquina del cobertizo de madera, y entonces avancé con sigilo hasta la puerta abierta de la letrina. En aquel terreno era fácil caminar sin hacer ruido. El viento mecía las mustias ramas de los árboles. Entré en la letrina quedamente y cerré la puerta tras de mí; entonces me incliné sobre el pozo ciego y me apoyé contra la pared del fondo de la caseta. Por encima del hedor, pude oír sus voces con toda claridad.

—Así pues, hemos venido a hablar sobre el significado de la libertad, ¿me equivoco? —preguntó Henry risueño—. Debo reconocer que me cuesta creer que soy la única razón de que estés aquí.

—No te hagas ilusiones —le espetó Benjamin—. ¿Acaso no te has enterado de que el delta está rodeado? Toda Nueva Orleans podría caer en menos de dos semanas. Créeme, eres una ínfima parte de los asuntos que me han traído aquí.

Oí que prendían una cerilla, luego otra, y después el silencio. Envuelto por la fétida oscuridad de la letrina, imaginé el rostro siniestro de Benjamin a la luz de la súbita llama, sus cejas negras iluminadas desde abajo cual un demonio cristiano en el infierno.

—He venido a confirmar que el leño estará dispuesto para el hacha —añadió Benjamin tras una pausa momentánea—. En el modo que acordamos.

Me habían explicado que *leño* era la palabra clave que los espías confederados empleaban para referirse al presidente Lincoln. Guardaba alguna relación con el nacimiento del presidente en una cabaña de troncos, o tal vez con su altura y su pose, o a lo mejor con ambas cosas, no logro recordarlo. Cuando oí la palabra contuve el aliento.

—Ah, no hay nada que confirmar —repuso Henry, apenas sin inmutarse—. El hacha está a punto.

Por vez primera tomé conciencia de que era realmente cierto. El suelo de la letrina, desnudo, era blando, al igual que todo el terreno en Nueva Orleans. La casa de Henry se había construido por entero en una ciénaga. Y yo, mientras escuchaba, empezaba a hundirme.

—No tienes ninguna duda de que estás listo —dijo Benjamin, y se trataba más de una pregunta que de una afirmación.

—Lo único que lamento es disponer de una sola vida para entregarla por mi país —citó Henry, con un tono inequívocamente empalagoso. En aquel instante, por primera vez, lo odié.

Y a Benjamin le ocurrió lo mismo, al parecer.

—No eres tú el que entregará su vida —le dijo con sequedad el Secretario—. Tú sólo harás entrega de una bala, dos a lo sumo.

—Pero si me atrapan —dijo Henry— es algo a tomar en consideración.

—Es algo a tomar en consideración únicamente si no sigues el plan al pie de la letra —replicó Benjamin, y pude oír que apretaba la mandíbula—. Espero que en secreto no hayas ideado ponerte a disparar al aire, o proclamar a voz en grito la necesidad de dar muerte a los tiranos, o cualquier otra estupidez por el estilo.

Henry se aclaró la garganta, y en ello pude advertir arrepentimiento. Sin embargo, Benjamin continuó hablando, y oí que alzaba la voz y que adoptaba lo que supuse era su tono de abogado.

—La gloria no está hecha para los judíos, Henry —dijo—. Basta con mirarme a mí para darse cuenta. Si me recordaran por algo, incluso en el caso de que ganáramos la guerra, será sólo por haber elaborado los planes que otros pusieron en práctica con heroísmo. Podemos poseer esclavos y plantaciones enteras, pero en lo que concierne a todos los demás, tú y yo siempre seremos esclavos.

Me dejó estupefacto oír aquellas palabras por boca de Benjamin; por mucha inquina que sintiese yo hacia él, era alguien que parecía

ocupar una posición de gloria. Sabía, no obstante, que lo que acababa de decir era cierto y, aún peor, sabía que también podía aplicármelo yo. Asqueado, escuché que añadía:

—El honor americano —dijo con su peculiar tono aforístico—, ese duro empeño que sin ser visto alza a un país del polvo, puede ser tuyo, y lo mereces. En cambio, la gloria americana pertenece a otros. Por otra parte, Henry, no casa contigo. Nadie te ha requerido para esto, salvo tú mismo. Y si permití que te eligieran fue sólo porque no pareces ser de los que anhelan la muerte. Mi misión esta noche consiste en confirmar ese punto.

Se hizo un silencio.

—Estás dudando de mí —dijo Henry al fin—. No deberías. Llevo seis meses abasteciendo ese campamento al otro lado de la frontera de Maryland de todo el ron que son capaces de soñar. Volveré a ir la semana que viene. El leño lo visita una o dos veces al mes, y siempre organizan un desfile en su honor. Nunca se les escapa avisarme de sus visitas, para asegurarse de que no me interceptan con la mercancía. Incluso he asistido a alguno de esos desfiles antes, para ver dónde se sienta el leño. Es un desfile público en el que la gente de toda la ciudad se aglomera para verle. Incluso los oficiales me conocen de vista. Mi presencia les complace mucho, lo único que les interesa es el ron.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —inquirió Benjamin, como haría un padre impaciente al revisar las tareas escolares de su hijo.

—Ocuparé mi lugar junto a los asientos que reservan para él. Esperaré al momento del desfile en que se hace la salva de disparos. Mantendré el revólver bajo la capa incluso cuando me vaya aproximando y calcularé que mi disparo se corresponda con la salva —enumeró Henry como un muchacho obediente. Por un momento, su actitud me hizo sentir vergüenza ajena. Y entonces, de tan familiar que me había resultado su tono de voz, me avergoncé de mí mismo—. Nadie sabrá precisar de dónde proviene el disparo y, antes de que alguien lo vea caer siquiera, me escabulliré de la multitud.

Benjamin volvió a hablar con voz lánguida:

—Te escabullirás de la multitud —repitió—. Pero supongo que no se te ocurrirá hacerlo saltando en pleno desfile y blandiendo el revólver cubierto con una bandera rebelde.

Henry tomó aliento.

—Dudas de mí. Aunque también sabes que sólo yo puedo hacerlo. Hay una razón por la cual me necesitas en todo este asunto. Soy el único que sigue yendo allí sin levantar sospechas. Conozco a todos los mocosos imbéciles de diecisiete años de ese campamento, y nadie recelará de mí. Para cualquier otro, esta misión significaría una muerte segura.

Aturdido, me di cuenta de que yo era otro mocoso imbecil de diecisiete años. Apenas podía respirar.

—No pongo en duda tu capacidad de cumplirla —contestó Benjamin—. Pongo en duda tu capacidad de llevarla a cabo sin tratar de cubrirte de gloria. Recuerda, tú nunca alcanzarás la gloria. Y tampoco yo. Ahórrate tus sueños de grandeza para el más allá.

Alguien golpeó la puerta de la letrina. Sobresaltado, a punto estuve de caerme al pozo ciego; me agarré a las paredes laterales y giré sobre el mullido suelo fangoso. Sabía que debía escaparme de nuevo sin más dilación. Había algo que tenía que hacer en la casa, en el comedor, y en aquel momento por primera vez deseé hacerlo. A mis espaldas, a través de la pared de tablones, pude oír que Henry le respondía; ninguno de los dos interrumpió su conversación cuando abrí la chirriante puerta de la letrina.

Para mi sorpresa, al abrirla me encontré cara a cara con el lisiado negro. Me clavó una mirada que nuevamente me pareció cargada de desprecio, aunque en la oscuridad era difícil de precisar. Sin embargo, advertí entonces que agitaba un brazo, casi con desesperación, indicándome que volviera a la casa. Cuando di un paso adelante, me empujó con el otro brazo, en silencio, apremiándome para que traspasara la puerta y sin dejar de señalar hacia la casa con el otro brazo. Di por hecho que tenía verdadera urgencia por usar la letrina, y me pregunté si era costumbre que los esclavos fueran al mismo excusado que los demás. Mientras me apuraba por volver a la casa, no obstante, miré por encima del hombro y vi que abría y cerraba la puerta de la letrina, una y otra vez, y que a continuación daba media vuelta y él también se dirigía renqueando hacia la casa. Sea lo que fuere que estuviera haciendo, sin duda distrajo a los dos fumadores de pipa que se ocultaban tras la letrina. Mientras cerraba tras de mí la puerta de la casa, alcancé a ver que Henry y Benjamin aparecían del otro lado, y que Henry le gritaba algo al esclavo. Ambos estaban demasiado concentrados en el tullido para advertir que yo había es-

tado allí. Me deslicé en el comedor vacío, rasgué el atadizo de veneno y lo vertí en la copa vacía de Henry; a continuación volví a colmarla de vino y la removí con su misma cuchara. Me impresionó lo sencillo que resultaba todo, los pocos sentimientos que despertaba en mí.

Cuando volví a colocar la copa en su lugar, el negro lisiado entró en el comedor. Me observó con una expresión extraña que no supe descifrar, como si se riera de mí. Entonces alcanzó el decantador y empezó a llenar las demás copas de la mesa, mientras tarareaba una de las melodías hebreas que habíamos cantado. Luego, horrorizado, me retiré al salón, justo antes de que Henry pidiera a los allí reunidos que volviéramos al comedor.

La segunda parte del Séder de Pésaj es tediosa o triunfal, dependiendo de la relación que haya entre lo que bebas y lo que comas. La mayoría de los años, la fiesta constituye un festín en toda regla y los comensales vuelven a la mesa cansados, aletargados y con ganas de poner punto final a la velada. Sin embargo, no fue así en aquella Nueva Orleans asolada por la guerra. Si bien la comida todavía no escaseaba, se hacía más difícil de conseguir; el licor, en cambio, llevaba años almacenado. Incluso en la mesa refinada y algo destartada de Henry Hyams, la comida no se había compensado demasiado con la bebida y aquella noche, por consiguiente, una vez que todo el mundo ocupó de nuevo su asiento, la velada había adquirido un tono triunfal: la mayor parte de los invitados estaban más ebrios que ahítos, y se dejaba notar. Cantaron la oración con que se da gracias por la comida en voz bien alta, con entusiasmo, y los más viejos entonaron incluso las partes que por lo común se cantan para uno mismo. Después, antes de que Henry se pusiera en pie para leer el siguiente pasaje, algunos de los invitados de más edad intercambiaron algunas risas sobre Elías, el profeta, mensajero del Mesías, por el que se abre la puerta al final de la cena; bromearon acerca de que tal vez Elías llegara aquel año en forma de un enjambre de mosquitos henchidos de sangre yanqui, o quizá bajo la figura del propio general Lee. Había creído que a aquellas alturas los nervios me corroerían, que no podría dejar de pensar en Henry, o incluso en mi padre o mi madre, pero no fue así. En lugar de eso, me corroía la

impaciencia. Contemplaba la copa alzada de Henry y golpeteaba el suelo con la puntera de la bota a la espera de que se la llevase a los labios.

Henry bendijo su copa de vino y contemplé fascinado cómo se la tomaba. Cuando bajó la copa, hizo una mueca y se reclinó en la mu-llida butaca; se volvió hacia un lado, desde donde el esclavo negro servía la mesa.

—Está mal decantado, Jim —declaró—. Haz el favor de traer otra botella. A ésta le noto un sabor peculiar.

El negro dijo algo entre dientes y salió, para volver en seguida con otra botella; sirvió una nueva ronda en vasos limpios. Observé a Henry y me sentí ridículo. ¿Acaso no me habían garantizado los oficiales que los efectos serían inmediatos? Me invadió la extraña sen-sación de que a quien habían envenenado era a mí, pero Henry se-guía sin dar indicios de que le ocurriera algo. Por el contrario, se puso en pie con la copa medio llena en alto. Estaba ligeramente ebrio. Se agarró con una mano al borde de la mesa y, con la copa en la otra, emprendió la lectura en alta voz —en inglés en esta ocasión— del clamor de venganza con que concluye la comida del Pésaj. Des-granó las palabras despacio, arrastrándolas y poniendo en ellas una pasión firme, casi espeluznante:

—Vierte Tu indignación sobre las naciones que no Te reconocen, y sobre las naciones que no Te llaman por Tu nombre. Porque ellos han devorado a Jacob y han destruido su morada. Vierte Tu indignación sobre ellos, y permite que Tu cólera los aplaste. Asédialos con Tu ira, y destruye a todos los que se hallen sobre la faz de la tierra bajo el cielo del Señor.

En todas las celebraciones del Pésaj a las que había asistido en mi corta vida, había oído recitar diligentemente aquellas sentencias bí-blicas a hombres felices con las panzas llenas, que abordaban aquel último pasaje con prisa para alcanzar cuanto antes el ansiado final de la velada. En la voz de Henry Hyams, por el contrario, advertí de repente un dejo inesperado de auténtica y escalofriante rabia. Alzó la vista del libro, la paseó por los allí presentes y esbozó una sonrisa cargada de crueldad. Por un instante, me sentí en la piel de aquel otro Jacob al que habían destruido.

—Querría dedicar esta cuarta copa de vino a la Unión —dijo Henry en un tono altanero y furioso—. Por que acaben todos los ti-

ranos. Por que nuestro querido Judah Benjamin nos gué y podamos descargar toda nuestra ira sobre las huestes de la Unión, y las destruyamos de la faz de la tierra bajo el cielo del Señor.

Todos estallaron en un aplauso. Judah Benjamin aplaudió también, al principio con pudor. Pero la salva de aplausos se intensificó y se hizo más fuerte y desaforada de lo que incluso él podía soportar. El estruendo invadió la sala. Los comensales se pusieron en pie, alzaron sus copas y las golpearon con los tenedores.

Y entonces, para mi desconcierto, la expresión serena de Benjamin se mudó y se puso colorado.

—¡Muerte a la Unión! —bramó fuera de sí. Nunca hubiera imaginado que su voz pudiera sonar tan atronadora. Muy pronto todo el mundo coreó la consigna. Quise pensar que se debía al exceso de bebida, o eso creí hasta que Henry Hyams exclamó a voz en grito:

—¡Muerte a Lincoln!

Los demás, hombres y mujeres sin excepción, le hicieron eco y lanzaron vítores por el ángel de la muerte. Yo me puse en pie con ellos, por descontado, choqué mi copa como los demás y, gracias a la oleada de cólera que cercaba la mesa del Pésaj, quedé limpio de todo remordimiento. Cuando Henry se volvió hacia mí, ni siquiera pestañeé.

—Jacob, mi querido muchacho —dijo, todavía con un tono inflexible en su voz, mientras los cánticos del grupo se extinguían poco a poco—, ¿te importaría concedernos el honor de abrir la puerta a Elías el profeta, por si llega presto y vivimos para verlo?

Esbocé una sonrisa, saludé a las damas con una reverencia y giré sobre mis talones para dirigirme hacia la puerta. Sin embargo, apenas hube alcanzado el corredor, llegó a mis oídos un sonido horrible, una especie de jadeo sordo y entrecortado. Me detuve en seco y di media vuelta: un yanqui que hacía frente a una mesa llena de rebeldes, presidida por Henry, desde la que todos tenían sus miradas fijadas en mí. Y en aquel preciso momento, Henry Hyams vertió su ira sobre la mesa del comedor.

Nunca pensé que ocurriría tan rápido, o que presenciarlo pudiera causar una impresión tan terrible. Los oficiales al mando debieron de proporcionarme algo distinto a la lejía común. Henry ponía los ojos en blanco mientras vomitaba bilis negra sobre las bandejas de plata dispuestas frente a él. Vomitó sin cesar: derra-

Pésaj en Nueva Orleans

mó ante el Señor toda su vida por la boca. Cuando las mujeres que había sentadas a la mesa empezaron a chillar y los hombres corrieron a su lado, me volví de nuevo y caminé con parsimonia hacia la puerta. La abrí de par en par, para dar la bienvenida al profeta Elías. Y entonces, a la luz de la luna, me adentré en la noche sureña. □